

---

## Capítulo XXVI.

---

### Reedificación de Méjico.

El ilustre conquistador de Méjico, cuyo infatigable celo no tenía límites, se consagró con gran actividad á la reedificación de la imperial ciudad de Méjico.

Al propio tiempo nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles y los demás oficios que ha menester un concejo.

Trazó el plano general de la poblacion, indicando el sitio que habian de ocupar las iglesias, plazas y edificios públicos, y los solares restantes los repartió entre los conquistadores.

Para trabajar en la reedificación reclutó gran número de indios.

Pidió tambien auxiliares á Tezeuco, y su con-

curso fué muy eficaz, porque la mayor parte de ellos eran carpinteros, canteros y obreros de casas.

Mandó que la ciudad se dividiera en dos barrios, separados por la laguna.

Uno de ellos destinaba á los españoles y el otro á los indios.

Para poblar la ciudad con más facilidad, ofreció á cuantos quisieran venir solares donde podrian edificar.

Además les concedia otras mercedes, y fueron muchos los que acudieron á disfrutar de aquellos beneficios.

Las principales calles del barrio proyectado para los indios, fueron concedidas á los principales señores mejicanos.

Las construcciones comenzaron en medio de la mayor alegría, y la fama de la importancia que iba á adquirir con ellas la ciudad imperial, cundió por todas las provincias.

Fué tan inmenso el número de los que llegaron á Méjico, que no cabian de pié en una legua á la redonda.

Trabajaban mucho, comian poco, y como era natural enfermaron.

Aquella repentina aglomeracion fué causa de que se desarrollase una epidemia, de la que fueron victimas millares de indios.

Los rudos trabajos á que se entregaban aumentaban el número de defunciones.

Como por encanto se levantaron cien mil casas,

mejores infinitamente que las que anteriormente existían.

Los españoles construyeron también muchas y buenas casas, como las que existen en la Península.

Hubo alguna en la que se emplearon siete mil vigas de cetro.

Bien es verdad que allí abunda esta madera (B).

En Tezcuco había huertas cuyas cercas se hallaban formadas por siete mil vigas.

Labraronse tres atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres.

Al trazar las calles cegaron las canales.

Méjico llegó en breve á ser una importante ciudad.

Entre sus habitantes se contaban dos mil españoles, que poseían otros tantos caballos.

El virrey don Antonio de Mendoza dotó á la ciudad de inteligentes artesanos, y algunos años después se encontraban en Méjico fábricas y talleres que en nada desmerecían de los que existían en otras naciones de Europa.

En la edificación del templo se armonizó la sencillez con la severa elegancia que preside en esta clase de construcciones.

Tres anchas naves daban ingreso al presbiterio.

Dos escaleras laterales conducían á este, y á derecha é izquierda había dos puertas, por las que se iba á la sacristía.

En el altar mayor, formado de preciosos mármoles con adornos de oro, se ostentaba una imagen de nuestra Señora de la Buena Nueva.

Al lado del altar mayor había otros dos, también de mármol.

En uno de ellos se veía al apóstol Santiago, á cuya protección se había debido el triunfo de muchas batallas.

En el otro se ostentaba la Santa Cruz, como símbolo del verdadero objeto de aquella gigantesca empresa, que no era otro que el de propagar la religión del Crucificado.

En las naves laterales había también seis capillas.

En tres de ellas se rendía culto á la Virgen, bajo las advocaciones de María de los Milagros, María del Carmen, y María de los Dolores.

En las otras tres restantes se veían á San Pedro, San Jerónimo y San Francisco de Sales.

La cúpula se hallaba adornada con los Santos Evangelistas.

Junto al presbiterio se veían los cuatro Doctores de la Iglesia.

Los indios no se cansaban de contemplar tan preciosos objetos, y empezaban á sentir en su alma los goces purísimos de la religión cristiana.

El palacio destinado al caudillo de los españoles era un edificio verdaderamente suntuoso.

Constaba de tres cuerpos.

En la imposta del piso principal se levantaba un cuerpo sencillo almohadillado, que formaba el zócalo del cuerpo superior.

Doce columnas de orden jónico sostenían una bonita cornisa.

El edificio se hallaba coronado por una balaustrada de piedra.

El patio era cuadrado.

En el piso principal, al terminar la escalera, había una extensa galería, que conducía á las habitaciones de Cortés.

El aspecto del palacio era imponente.

Su construcción era de las más sólidas.

Se había procurado formar una verdadera fortaleza, que hiciese imposible cualquier atentado de los mejicanos, y se había elegido el sitio más elevado, para poder dominar toda la ciudad.

Terminada la reedificación, se instaló en el palacio destinado al efecto el ilustre caudillo.

La fama de la grandeza de Méjico crecía de día en día, y fueron tantos los que acudieron á habitar en la imperial ciudad, que los españoles pudieron contar con elementos suficientes para conquistar más de cuatrocientas leguas de tierra.

---

## Capítulo XXVII.

---

Historia de Ihalí y de su padre.

La india que tanto había impresionado á Hernán Cortés se llamaba Ihalí.

Su padre, Quetjaqueneri, era ambicioso, pero desgraciado.

Conocía perfectamente las plantas medicinales, y componía arcitos.

Pero apenas le proporcionaban estas ocupaciones lo indispensable para vivir, y él deseaba poseer grandes tesoros.

Dotado de un carácter soñador, creía llegado el día de realizar sus ensueños, y esta esperanza le alentaba á proseguir en la lucha que sostenía con su mala suerte.

Cuando ménos lo esperaba, le deparó la casualidad una ocasion que les llenó de júbilo.

Presentóse á él una opulenta india, y le dijo:

Necesito de tu ciencia. Tú, que conoces las propiedades medicinales de todas las yerbas, vas á proporcionarme una que produzca la muerte lentamente.

Quetjaqueneri retrocedió dos pasos, como indignado por la proposicion que acababa de oír.

Su interlocutora, que sabia que era muy ambicioso, para atenuar sus escrúpulos, añadió:

—Pídemme en cambio cuanto quieras.

Quedóse pensativo el padre de Ihalí, y al cabo de un instante exclamó:

—Sólo accederé á lo que deseas con una condicion.

—¿Cuál?

—Que me concedas tres cosas que voy á pedirte en el término de tres días.

—Aceptado.

La india se despidió, y Quetjaqueneri se quedó pensando lo que habia de pedir.

Pasó el primer dia, y no se decidió á formular su peticion.

Pasó el segundo, y no supo qué elegir entre riquezas, honores ó amor.

El tercero, por fin, eligió lo último.

Algunos meses despues nacia Ibalí, y su desnaturalizada madre la abandonó á los pocos dias de haberle dado el sér.

Grande fué la aficcion del padre al encontrarse en tan triste situacion.

A fuerza de privaciones pudo lograr que se encargara una india de criar á su hija.

En cuanto tuvo uso de razon, la enseñó á componer y cantar arcitos, y era el embeleso de cuantos la escuchaban.

Cada dia era más hermosa, y su padre creyó que por medio de un enlace ventajoso podria realizar los sueños de toda su vida.

Animado por este deseo, la envió á la reclusion, donde la encontraron los españoles para pedir á los dioses le proporcionasen un esposo como él queria.

El recuerdo de Ihalí no se habia apartado de la imaginacion de Cortés.

Antes de que se procediera á la venta de los esclavos y de las mujeres que se habian hallado en companía de Ihalí, hizo que condujeran á esta á su presencia.

Por medio de su intérprete le contestó la india lo que hemos referido á nuestros lectores.

El ilustre caudillo se sentia cada vez más enamorado al notar el candor con que se expresaba la bella india.

Esta fijaba en él sus hermosos ojos, y cada mirada era una promesa de los tesoros de amor que guardaba en su alma.

—Dí, querida niña,—exclamó Hernan Cortés,—¿no has sentido en tu pecho la llama del amor?

—¡Ah! No.

—¿Pero según tengo entendido, al ir al teocali te proponías pedir á los dioses un esposo?

—Sólo obedecía á los preceptos de mi padre.

—¿Pero tu alma no adivinaba esos supremos gozes que proporciona el consagrarse á un objeto querido, no ves en tu imaginación un sér que con palabras cariñosas te hiciese volver á otra vida llena de dulces encantos?

Ihali bajó los ojos con inocente turbación.

—Vamos, sé franca, hija mía; es imposible que á tu edad no te hayan sonreído esperanzas amorosas.

—Yo veía indiferente á todos mis hermanos, porque sin saber la causa, un pensamiento me hacía suponer que existía otra raza superior, y en sueños se me presentaba un gentil mancebo con la aureola del valor, rodeado de esplendente hermosura.

—Sin duda aludes á los españoles, y no hay para qué decir que te alegrarás de hallarte entre ellos.

—Con toda mi alma.

—¿Es decir, que si tu belleza inspirase amor á alguno, corresponderías á su pasión?

—Eso no puede suceder nunca.

—¿Por qué?

—Porque han jurado castigar las culpas que sobre nosotros pesan, porque poseen el rayo y el trueno, y lo emplean en exterminar á los de nuestra raza.

—No creas eso; al venir á estos lejanos países les guía una misión noble, humanitaria, civilizadora: la de hacer conocer y propagar los misterios de la ver-

dadera religión, de la religión que nosotros profesamos, de la religión cristiana.

Ihali escuchaba atónita al cuadillo español, y cuando este hubo terminado, le preguntó:

—Pues qué, ¿hay otra religión diferente que la que aquí adoramos?

—Sí: en ella no se inmolan víctimas inocentes; y es, por el contrario, manantial innagotable de paz y felicidad.

Pero volviendo á lo que antes te preguntaba, ¿te halagaría ser amada por un español?

—Daría mi vida por conseguirlo.

—La vehemencia con que hablas me hace suponer que has fijado tu atención en alguno.

—¿Para qué negarlo?

—¿Y quién es el agraciado?

—¿No me lo preguntéis, por piedad!—exclamó la jóven india toda pudorosa.

—Yo te exijo que me digas quién es.

—Vos, señor.

Esta confusión avivó la pasión que sentía en su corazón el ilustre Hernán Cortés.

Se estasiaba admirando la candorosa mirada de la jóven, y prosiguió preguntándole:

—¿Y por qué me has dado la preferencia?

—Porque vuestro acento es como bajado del cielo; porque sois en la tierra la imagen del espíritu supremo, de sabiduría y de valor.

Pronunció estas palabras con tal sinceridad, con tan amoroso acento, que el ilustre caudillo sentía la-

tir su corazón con tal violencia, que parecía saltarse de su pecho.

—Dentro de poco,—dijo, disimulando la emoción que le dominaba,—vas á ser vendida como esclava.

—¿Y qué es eso?

—Que tendrás que seguir y obedecer al que te compre.

—¡Oh! Yo no quiero apartarme de vuestro lado,—añadió Ihalí, cayendo en sus brazos;—mi corazón se llenaría de pena, como la que experimenta la tierra cuando la hermana del sol desaparece de los campos azules en su carro de marfil.

—No temas, vida mía; yo compraré tu libertad, y serás mi esclava.

Y al terminar estas palabras, dió orden al intérprete para que corriera á avisar á los capitanes que el mercado de las esclavas iba á comenzar en breve.

Hernan Cortés quedó á solas con la india.

Olvidándose por un momento de su sed de gloria, y obedeciendo á las ideas que dominaban todo su ser, rindió culto á la hermosura de su prisionera.

---

## Capítulo XXVIII.

---

Planes de Inhijambia.

Cuando llegaron los capitanes y comenzó la venta de los esclavos, Hernan Cortés manifestó que él compraba la libertad de Ihalí.

Todos extrañaron la determinación del caudillo, porque jamás había tomado parte en aquellas inhumanas subastas.

Los maliciosos, sin embargo, al contemplar los encantos de la jóven, se decían unos á otros:

—Por lo que se vé, nuestro caudillo quiere reemplazar á Marina.

—Y vive Dios que lo merece,—exclamó uno.

—La chica es como unas perlas,—añadió otro.

—Lo que es yo, aunque me riñera el cura de mi

pueblo, me la llevaria de buena gana al regresar á España.

Mientras así departian algunos, Hernan Cortés, tal vez impulsado por su conciencia y como si quisiera borrar algun recuerdo, dijo á Ihali:

—Pero al referirme tu historia te has olvidado de decirme dónde se halla tu padre.

—Está entre los otros esclavos.

Hernan Cortés hizo que le condujeran á su presencia.

El anciano no tardó en llegar.

En su rostro se pintaba la tristeza y la afliccion

Creia que iba á ser sacrificado, y al hallarse en frente del caudillo, le dijo cayendo á sus piés.

—Haced de mi lo que querais, gran señor; la vida me es odiosa; pero respetad la de mi hija, apiadaos de su candor.

Ella ha sido el anhelo de toda mi vida; por verla feliz hubiera dado mi existencia.

Pronto me separaré de ella para no verla jamás, con la inmensa pena de no haber conseguido mi única dicha.

—Tranquilízate, buen anciano. No solamente no peligra tu vida, sino que quiero que conserves un grato recuerdo de mí. ¿Desearias obtener el mando de una provincia?

—Os suplico que no os goceis en mi afliccion haciéndome concebir esperanzas que no han de realizarse jamás.

—Te hablo sinceramente. Vas á quedar en liber-

tad; y además, si eres gustoso, te confiero el mando de la provincia en que has nacido. Si eres leal conmigo, si en todo tiempo acatas mis órdenes, si velas por la tranquilidad de las provincias vecinas mis aliados, cuenta siempre con mi proteccion,

—¡Ah! Gracias, señor, gracias.

—Además te acompañará tu hija.

—¿Pero es posible lo que oigo? ¿Que los dioses alejen de vuestro lado la siniestra ave precursora de las desgracias! ¿Que ellos os colmen de ventura, ya que tan felices haceis los últimos dias de mi vida! ¡Oh, no sabeis cuánta es mi dicha! El honroso cargo con que me investís facilitará á mi hija un ventajoso enlace.

—Tu hija no se casará nunca.

—¿Por qué?

—Es un secreto. Yo he fijado mis ojos en ella, y te concedo las mercedes que sabes á condicion de que no la elijas esposo. Si algun dia,—añadió Cortés, acentuando estas últimas palabras,—necesita de mí; que implore mi auxilio y me apresurará complacerla. Ahora id con Dios.

El anciano padre besó las plantas del caudillo, y salió seguido de su hija.

Cortés necesitó de toda su fuerza de voluntad para resistir á las suplicantes miradas que le dirigia Ihali para no alejarse de su lado.

Hernan Cortés se hallaba preocupado por el recuerdo de la escena anterior, y casi se arrepentia de haber alejado de su lado á la hermosa hija de Quet-

jaqueneri, cuando uno de sus servidores vino á sacarle de su meditacion.

—Acaba de presentarse una india,—exclamó,—que dice necesita veros.

—Que pase.

La que solitaba una audiencia del caudillo era Inhijambia.

La viuda de Quetlahuaca, la desdeñada amante de Guatimozin.

—Os doy gracias, señor—le dijo con afectuoso acento,—por haberos apresurado á recibirme.

—¿Qué objeto os trae aquí?—la preguntó el ilustre conquistador de Méjico.

—Pediros una gracia.

—Hablad.

—No sé si sabreis que el triunfo que habeis alcanzado sobre los mejicanos le debeis principalmente á mi influencia.

—Estais en un error; le he debido á mis invencibles armas y al valor de mis soldados.

—De poco os hubiera servido eso, si yo no os hubiera ayudado recorriendo las provincias del imperio, y exhortándolas á que formasen alianzas con vos para destruir á Guatimozin.

—¿Y qué móvil os impulsaba á obrar de esa manera?

—Yo amaba con delirio á ese ingrato, y al ver desoido mi amor, al verme despreciada, juré vengarme, y lo he conseguido.

—¿Y qué es lo que quereis ahora?—preguntó Cor-

tés, deseando poner término á aquella enojosa conversacion.

—Sé que Guatimozin está preso, y quisiera verle para gozarme en su mal, para decirle que el desprecio de mis amorosas súplicas le ha conducido al lamentable estado en que se halla.

—Desechad esas ideas que rechaza vuestro sexo; harto sufre el infeliz, y no es justo que vayais á aumentar su dolor. Creedme, Inhijambia, lo mejor que podeis hacer es perdonarle y olvidaros por completo de él.

—¡Ah! No sabeis lo que es una mujer ofendida en su amor propio. ¿Veis la leona del desierto que atruena los bosques con sus espantosos rugidos al ver que le han arrebatado sus hijos? ¿Veis al jaguar que cae sobre los que le persiguen y destroza sus miembros antes de que la flecha atraviese su corazon? ¿Veis á la culebra de cascabel que facisna con su mirada al mísero colibrí, y prolonga su tormento antes de darle caza? Pues nada es comparable al deseo que siento de ver al causante de todas mis desventuras, que desventuras son hallarme con el corazon seco, sin haber sentido las dulzuras del amor, sin esperanza de hallar consuelo para la pena que devora mi alma.

Cortés, al ver expresarse con tanta vehemencia á la apasionada india, accedió á su súplica, sin adivinar que su amoroso arrebató era un pretexto que ocultaba un plan siniestro.

—Id en buen hora,—la dijo.



—Pronto volveré.

Inhijambia, acompañada de un soldado, llegó á la prision de su amante.

Penetró en ella, y quedó á solas con el esposo de Guacalcinla.

Este lanzó un grito de sorpresa al verla á su lado.

—¿Tú aquí?—dijo.

—Sí; yo que he querido pagar tu ingratitud viniendo á salvar tu vida.

—¿Será posible?

—¿Ves este puñal?—añadió la india.—Pues pienso clavarle en el corazon de Hernan Cortés. La confusion que se apoderará de todos cuando esto suceda, facilitará tu evasion.

Pero antes que yo ponga en práctica lo que acabas de oir, es necesario que me ofrezcas que premiarás el riesgo que corro para darte la libertad; es necesario que me jures que estás arrepentido de la conducta pasada, de tu desden para conmigo, y corresponderás á mi amorosa pasion.

Guatimozin vió un rayo de luz en las palabras de Inhijambia.

Con la esperanza de reunirse de nuevo á su amada Guacalcinla, de estrechar á su hijo:

—Te juro, —exclamó, —ser tu esclavo si consigues ponerme en libertad.

—¡Oh!... Pronto verás que no te engaño, —repuso la india.

Inhijambia corrió á reunirse con Hernan Cortés.

A los pocos instantes de hallarse á su lado, llegó

uno de sus servidores del caudillo, y le anunció que corrian rumores de una conspiracion para salvar á Guatimozin.

Hernan Cortés, temiendo que fuera cómplice la vengativa india, la dejó encerrada en su habitacion, y salió.

Cuando se hubo retirado, exclamó la amante de Guatimozin:

—¡Ah! Tú mismo vas á apresurar el golpe que te preparo.